

DOMINGO SEXTO. TIEMPO ORDINARIO. CICLO B.

Mc. 1, 40-45

En aquel tiempo se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas:

-- Si quieres, puedes limpiarme.

Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó diciendo:

-- Quiero: queda limpio

La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio. Él le despidió encargándole severamente:

-- No se lo digas a nadie; pero para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés.

Pero cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en descampado; y aún así acudían a él de todas partes.

CUENTO: PERSONALIZAR ES LA CLAVE

Darío, rey de Persia, estaba cazando un día cuando se encontró apartado de sus sirvientes. Cabalgaba solo a través de una pradera y observó que un hombre corría hacia él.

- Es un enemigo – pensó, y colocando una flecha en su arco, apuntó.

-Mi señor – gritó el hombre lleno de miedo- No disparéis. ¿No me reconocéis? Soy vuestro caballero y cuido de vuestros corceles.

-Da gracias a tu buen ángel – dijo Darío sonriendo, mientras guardaba la flecha- Un minuto más y estarías muerto.

El caballero rio nerviosamente, se acercó y se inclinó.

-Espero que me perdonéis, mi señor, si os ofrezco un consejo – dijo - ¡Tiene que haber algo verdaderamente errado cuando un rey no distingue a un amigo de un enemigo! Una de las exigencias de la gran posición que ocupáis es la de saber quién es cada uno de vuestros servidores. He estado a menudo en vuestra presencia y hemos discutido varias veces sobre los caballos que cuido para vos. Pero ahora, cuando corría lleno de alegría para daros la bienvenida, no deberíais haber pensando que era un enemigo.

- ¿Veis todos estos caballos? – dijo el caballero extendiendo los brazos -. ¡Hay cientos de ellos, miles de ellos! Y conozco el nombre de todos. Nombrad uno y os lo traeré. Esta es la razón de que me confiaseis este

puesto. ¡Oh, majestad! Deberíais atender a vuestros súbditos con el mismo cuidado.

Se dijo que Darío se dirigió amablemente al hombre y que grabó el consejo en su corazón.

ENSEÑANZA PARA LA VIDA:

Hay Evangelios que, por muchas veces leídos y escuchados, dejan de tener la fuerza revolucionaria que tuvieron en su momento. Nos hemos acostumbrado a leer que Jesús tocaba leprosos y los curaba. Pero hemos olvidado que tocar un leproso era algo terrible en aquella época, algo transgresor y provocador. Tocar era algo más que un ejercicio físico de contacto. Era comunión con la persona a la que se tocaba. En el Israel de entonces, los leprosos eran algo más que unos simples enfermos de piel. Eran personas marginadas social y religiosamente. Debía vivir aislados, alejados de las poblaciones de gente sana. No podían asistir al Templo y su curación debía certificarla un sacerdote. O sea, además de excluidos de los hombres eran impuros ante Dios, sin haber hecho nada para merecer tal castigo. Y va Jesús y lo toca. Se hace cómplice de esa marginación e impureza, se arriesga a contaminarse física y religiosamente. Pero aquí tenemos al Jesús más genuino de los Evangelios, el Cristo que ha venido a revolucionar la imagen y la relación con Dios, a subvertir las leyes religiosas de los hombres cuando oprimen a los pobres y excluidos. Jesús se pone claramente de parte de los de abajo, de los que sufren, de los que son rechazados. Dios, en la persona, en la vida, en los actos y palabras de Jesús, toma partido, deja su realeza de las alturas y se hace compañero de camino con nosotros, compartiendo nuestro dolor y alentando nuestra esperanza. Nos conoce a cada uno de sus hijos, por nuestro nombre, no como el rey Darío del cuento de hoy. Jesús se acerca a nosotros, no en tono prepotente, sino bajo el signo humilde del que necesita también aprender de nosotros. Mendigo con los mendigos, leproso con los leprosos. Como lo debe ser la Iglesia, como lo debe ser todo cristiano. Esta es la verdadera solidaridad que nos recuerda la miseria y la pobreza y el hambre en que viven millones de seres humanos, esos modernos leprosos excluidos de la mesa del bienestar y del consumo mundial, y nos invita a poner un pequeño grano de trigo de lo que nos sobra!. La solidaridad verdadera no es dar de lo que nos sobra ni tener sólo buenos sentimientos o grandes planes sociales y políticos, siempre mirando desde la altura, sino acercarse al pobre, escucharlo, conocer su nombre, compartir con él, hacerle sentir nuestra mano acogedora y amiga. A veces, muchas veces, es lo que más valoran los pobres, no las migajas de una limosna que se da desde la distancia, sino el cariño y el amor que acoge y sabe compartir. La madre Teresa de Calcuta, experta en eso de los pobres, decía que la verdadera pobreza es no sentirse amado por nadie. Y eso lo comprobamos en nuestras ciudades occidentales, llenas quizá de bienestar económico, pero donde muchos seres humanos pasan como entes anónimos de cuyo nombre nadie se acuerda, sociedades vacías y necesitadas de contacto humano cálido y sanador. Más que nunca necesitamos ser tocados, acariciados, acogidos, sentirnos útiles, saber que somos amados como personas, con nuestro nombre. Más que nunca necesitamos de una solidaridad que no sea exhibición de lo que nos sobra. El dinero es importante y necesario para ayudar a cambiar el mundo, la política es fundamental y la justicia y la

distribución de los bienes equitativa de los bienes de la tierra una urgencia improrrogable. Pero mientras llega todo eso, y luchamos porque llegue pronto, no nos olvidemos de ese amor, de esa bondad de la vida diaria, que muchas veces no tiene nada que ver con el dinero, sino con la capacidad de entrega. ¡Cuánta gente daría todo su dinero por tener un poco de amor, por tener más salud, por recuperar su matrimonio o ganarse el afecto de sus hijos, por poder tener a alguien que lo escuche!. Empecemos por la solidaridad cotidiana, seamos más cariñosos y expresivos con quienes nos rodean, hagamos esas cosas pequeñas de cada día con mucho amor, y seremos capaces de cosas grandes, de luchar por grandes causas, de enrolarnos en organizaciones estratégicas para cambiar el mundo. Sin duda que cuanto más damos, más sentimos la felicidad de quien recibe más de lo que da. Ayer fue san Valentín, la fiesta del amor. No olvidemos que el mejor regalo que podemos hacer a los demás, especialmente a las personas que amamos es intensificar nuestras manifestaciones y pequeños detalles de cariño, de ternura y de agradecimiento por ese amor que recibimos de ellas. ¡FELIZ Y AMOROSA SEMANA PARA TODOS!.